GT 44: Delito, desviaciones y castigo en el Uruguay (1870-1930)

Reacciones violentas hacia la inmigración europea en el Río de la Plata

Mag. Alba Mariani

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

albamar51@adinet.com

La exposición a realizar corresponde a un Proyecto de Investigación iniciado en el Departamento de Historia Americana conjuntamente con María de los Ángeles Fein, titulado «Violencia, crimen y delito en el Río de la Plata entre los años 1870-1910».

La región rioplatense se encontraba inmersa en una convulsionada situación bélica tanto su interior como en el exterior, había finalizado la Guerra del Paraguay, en Uruguay se sublevaban los caudillos blancos Timoteo Aparicio y Anacleto Medina en la denominada «Revolución de las Lanzas», mientras Buenos Aires y las provincias intentaban crear el Estado nacional mediante numerosos encuentros bélicos de caudillos y políticos liberales, predominaba en el medio rural la «barbarie», mientras desde la ciudad se buscaba imponer la «civilización».

Fue el momento del arribo de la inmigración con el fin de solucionar la problemática situación demográfica y llevar a la práctica el lema liberal de «gobernar es poblar» como salida de tan difícil situación socioeconómica, pero la avalancha humana no aportó los resultados esperados.

Los inmigrantes provenían de países pobres, de Italia y España y de regiones con dificultades para conseguir trabajo (irlandeses, vascos franceses, alemanes de Bremen o Baviera), hombres y mujeres casi analfabetos, campesinos hambrientos de tierras y a falta de ellas de contragolpe se radicaban en la ciudad a la búsqueda de ganarse la vida en cualquier tarea.

Su existencia era miserable, su vivienda una habitación lúgubre en un conventillo, su alimento un escaso puchero o un aguado guiso, su vestimenta un pobre traje destruido por el uso, trataban de ahorrar para mejorar sus condiciones de vida. Los hijos trabajaban desde pequeños recorriendo las calles: vendiendo diarios, números de lotería o simplemente mendigando, unidos con otros menores, la mayoría de las veces caían en raterías y delitos de poca monta.

Los hombres desalentados aplacaban sus penas en el alcohol y reñían en trifulcas llenas de reproches, agresiones, golpes y convertían los lugares de residencia y de diversión en una batahola de gritos y llantos. Otros no podían concretar trabajos estables y realizaban changas en el puerto,

barracas, peones carreros carentes de la estabilidad de un sueldo, terminaban saliendo a la calle, provocando alborotos, continuas discusiones con criollos y compatriotas.

Con los poco reales ganados, enardecidos por el vino o la ginebra bebida en pulperías, almacenes y fondines de «mala muerte» provocaban continuas reyertas con nacionales, que se mofaban y reían de sus expresiones en su idioma natal entreverado con el mal aprendido castellano, reaccionando con rabia a las expresiones de «tano», «gallego» o «gringo» eran ridiculizados dando lástima en el espacio urbano.

La ciudad se vio cercada por el avance del medio rural, con suburbios donde se instalaron ranchos y pulperías, zonas peligrosas con actores violentos llegados desde el interior. En el otro extremo el mar, donde un mundo extraño avanzaba desde el puerto, creando una cultura popular, con un habla particular: el lunfardo, una música propia: el tango, hacinados en lugares mezquinos, inquilinatos, casas desvencijadas convertidas en habitación, cercanas a ellas fondas, bodegones y hoteles de dudosa fama.

En estas zonas se desarrollaba una cultura popular nativa unida a los aportes de la cultura de la inmigración. En las dos primaban situaciones fuera de la ley, juegos de naipes, riña de gallos, así como, el consumo de bebidas de todo tipo y la práctica de la prostitución. Estos sectores ocuparon sitios desolados en la pacata ciudad patricia. Asustaban con sus precarios asentamientos, su deplorable forma de vida, eran el signo del abandono y la violencia, la promiscuidad y desorganización familiar, era el espacio de la «ciudad bárbara».

Un vocabulario soez alteraba el orden exigido por los sectores de clase alta, con continuas expresiones burlonas hacia los extranjeros, quienes respondían con actos violentos, las peleas terminaban con la arreada a la cárcel realizada por la policía y el ejército. Las reacciones de enfrentamiento xenófobo donde primaba el desorden, hacia clamar a la prensa y a toda la sociedad «bien constituida», que exigía al Estado la contención de los destructores de un mundo cambiante hacia la modernidad.

El espacio urbano, sin embargo, tenía la capacidad de absorber a esa heterogénea población, una inmigración compuesta por todas las nacionalidades que transformaban a la ciudad patricia relacionada con el orden, en una metrópolis confusa y desorganizada.

La inmigración inserta en la ciudad. Sus problemas.

El crecimiento constante de Montevideo y Buenos Aires daba la sensación a los habitantes criollos que se convertían en una «… torre de Babel ¡dónde es tal la confusión de lenguas, qué hasta los criollos hablan unos con otros en francés!»[1]

La tipología del extranjero chocaba de tal manera en un cosmopolitismo grosero, hacía pensar a los habitantes no saber su origen «… si franceses o españoles o italianos o ingleses…» sus fines eran

1 Víctor Gálvez (seud. Vicente G. Quesada, *Memorias de un viejo*. Buenos Aires, p. 138.

materiales e indiferentes a la política «…por qué el extranjero viene a nuestra tierra, naturalícese o no, maldito lo que se le importa que estemos bien o mal gobernados»[2]

¿Quiénes llegaban? Los extranjeros venían a hacer l'mérica. Todos consideraban al Río de la Plata, tierra de promisión pero era afirmación corriente que a estas tierras arribaban «…todo lo vagabundo o delincuente que no encuentra cabida en Europa…» y se calificaba que muchos, sino la mayoría llegaba para organizar «…asociaciones de criminales, que si no cometen actos punibles… reúnen recursos y organizan los golpes de mano».[3]

¿A qué conclusiones se llegaba? Quienes nos «…han envenenado han sido los *gringos*: antes éramos todos iguales y todos nos conocíamos. Ahora no somos otra cosa que unos afeminados; ya no podemos andar a caballo, si no en ferrocarril o en coche. Los gringos han cambiado hasta la moneda para robarnos y explotarnos».[4]

Los inmigrantes eran para los grupos nativos elementos peligrosos, problemáticos, que provocaban disturbios, era la «mala gente» arribada en un lento desfile de hormigas después de viajar en tercera clase o en cubierta, descendiendo por la planchada del barco al grito militar «¡Inmigrantes, abajo!» Sólo era un grupo numeroso de personas y nada más, a la nueva tierra que llegaba, no se les hacía ninguna distinción.

¿Hacia dónde se trasladaba esa cantidad de extranjeros? Tierras no habían en demasía, por tanto el medio urbano era su lugar de residencia. Así, se creaban nuevos barrios en donde pululaban pobres y necesitados. El sainetista García Velloso escribía en su obra «El Barrio de las Ranas» la existencia de Buenos Aires una ciudad rica a pesar de que había tanta «…gente muerta de hambre, y como es más fácil conseguir limosna que un empleo, abundan los pordioseros que es un contento. Pa, conchabarte necesitas recomendaciones. Cuando vos pedís limosna nadie te pregunta quien sos ni de donde venís» y continua «[yo] me metía entre las mesas de las veredas a dar lástima a todos los suertudos que necesitan tomar licores para tener hambre. ¡Quieren a todo trance tener hambre! Y uno que lo tiene como pantera…no puede aplacarla». [5]

¿Cuáles eran las causas de estas concentraciones? La carencia de tierras fiscales, los malos sueldos pagados, las misérrimas condiciones de vida, la ciudad crecía por el aumento natural de la población, por el alud inmigratorio y aunque parezca una contradicción se habían puesto en marcha mejoras higiénicas en varios barrios habitados.

Los cambios en la vida de los diferentes sectores sociales se veía en las discrepancias y problemas transmitidos en los *Cuadros de la Ciudad* de José S. Álvarez (Fray Mocho) con sus historias de inmigrantes y criollos, al igual de los que aparecían en las crónicas de la Revista *Caras y Caretas* tanto de Montevideo como de Buenos Aires, en ellos se hacía hincapié el hábito al juego (truco, monte, riñas de gallos, taba) y en lugares de bebidas de ínfima calidad (caña, ginebra, vino carlón),

2 Julián Martel, La Bolsa. Buenos Aires, p. 95.
3 Miguel Cané, Ensayos. Buenos Aires, p. 11
4 J. L. Cantilo, Quimera. Buenos Aires, p. 27
5 García Velloso, *El Barrio de las Ranas*. Buenos Aires, p. 18

por allí aparecían todo tipo de sujetos prontos para la burla y el chacoteo que terminaban en peleas y discusiones, donde varios salían heridos o muertos.

Los lugares frecuentados por todo tipo de gente, de clase alta, media o baja aun en el linde de la más absoluta pobreza, eran en Buenos Aires, el Paseo Colón y en Montevideo el «bajo» cerca del puerto y la calle de Santa Teresa, zonas de la «mala vida». Otros eran los suburbios, las dos ciudades se extendían hacia las afueras en nuevos barrios, en Buenos Aires la Boca o San Cristóbal, la Aguada o la Unión en Montevideo.

Según la descripción de Jules Huret, San Cristóbal, también llamado el «Barrio de las Ranas» era donde se refugiaban los «…miserables sin asistencia pública…» además de emigrantes fuera de la ley y de la sociedad organizada, vivían en casillas de lata «…estos palacios y casuchas están [además] habitados por negras, mestizos, europeos e indígenas. Se ve en toda aquella población compuesta por rufianes y prostitutas, de truhanes y libertarios sentados a la puerta de las casuchas tomando mate en unas calabazas secas.» [6]

En Montevideo se encontraban zonas de avanzada hacia el campo, cerca de donde acampaban los troperos y las carretas que abastecían las plazas de frutos, la «Aguada y Cordón», el barrio de la «Unión, Cardal o Tres Cruces» y en zonas circundantes al puerto, en las calles de Santa Teresa, Patagones, Guaraní, Brecha, Camacuá, Isla de Flores, Yerbal y Alzáibar, era el espacio de las costumbres malditas, opuesto a las calles de la población de «buenas costumbres» que recorrían el «Bulevar Sarandí» y las elegantes cuadras de «25 de Mayo» y «Rincón».

En el «bajo» primaba una abigarrada multitud de inmigrantes de toda condición económica, ideológica y social, la mayoría pertenecían a las clases más pobres y al llegar, cierto número iba al interior pero un importante grupo se establecía en las ciudades-puertos (Montevideo y Buenos Aires). Todos buscando trabajo y mezclándose con los sectores criollos aportaban sus «buenas y malas costumbres», para los grupos de clase alta era un «llaga social»[7], que había que controlar y vigilar.

De diversos tugurios, casas de inquilinato y conventillos salía esa pobre gente. Las descripciones calificaban con dureza, eran «especies de gusaneras», ambientes húmedos y mal olientes, descriptos en los relatos de Silverio Domínguez seudónimo de Ceferino de la Calle, o las obras de Florencio Sánchez con el realismo viviente de una población donde se mezclaban inmigrantes con nacionales, provocando actos de violencia feroz.

Se analizó el medio ambiente de desidia y abandono que en las crónicas policiales los «guardianes del orden» cargaban las tintas a los extranjeros, por el desorden suscitado. En una nota publicada en Buenos Aires que transcribía El Ferro-Carril (1876) se describía un suceso en el barrio de la Boca, un tumulto sangriento de «…veinte y tantos hombres todos italianos… armados casi todos de revólveres acribillaron a dos vigilantes, que murieron instantáneamente a consecuencia de las

6 Jules Huret, *De Buenos Aires a la Cordillera de los Andes*. Buenos Aires, pp. 78-79.

7 Véase Rafael Sienra, *Llagas sociales. La calle de Santa Teresa*. Montevideo, Imp. Latina, 1896.

heridas que recibieron» no se supo porque se produjo la asonada, ni porque se sintieron agraviados pero se recalcó la nacionalidad. [8]

Pocos cambios se produjeron con el tiempo para un sector de extranjeros alejados de la patria, desilusionados por no encontrar el trabajo esperado, acicateados por los criollos por sus burlas y desplantes, muchas veces caían en la locura y en el abandono de su persona.

Un cronista de La Tribuna Popular transcribía una entrevista realizada a un italiano considerado un criminal enloquecido, encerrado en la celda de dementes se negaba a declarar y emitía gritos descontrolados, el preso alegaba que nada tenía que ver con la justicia quienes lo molestaban

> … son unos *cascarrientos* los causantes de todo, que no me dejan tranquilo…aquí no saben más que castigar a los inocentes, mientras una punta de pillos viven tranquilamente en sus casas. Deje no más, todo se ha de arreglar, pronto ha de venir a este país Victorio Manuel y entonces verán cómo andan derechos esos *cascarrientos*.

El periodista comentó las incoherencias y la fisonomía del detenido, agregando lo que sintió ante ese desgraciado «… una repugnancia invencible…» era un «… hombrecito nervioso, inquieto, lunático, algo de hiena que inspiraba repulsión.» [9] No existía piedad ni reflexiones de las reacciones de ese pobre hombre sino una dura crítica, anunciando que después de inspeccionarlo y examinarlo los médicos, sin duda, lo declararían «criminal demente».

Solucionaban el problema de la Justicia con la actuación de los médicos higienistas y alienistas, declarando al apresado demente, sujetos a las influencias de la ideología y pensamiento antropológico-sociológico de Cesare Lombroso.

¿Cómo se justificaba a los criollos que de manera despectiva, malvada y delictiva actuaban agraviando a los extranjeros? Se afirmaba que los criollos eran delincuentes, vagos, atorrantes, con una vida fuera de la ley debido a

> «…su sangre ardiente, el hábito de llevar armas de fuego y blancas, la influencia resuelta y decidida entre los que van mezclados con el sano elemento trabajador, el crecido constituyente a la criminalidad. Los crímenes de personas y a la propiedad; el matonismo, se halla bastante extendido y con facilidad deplorable, la puñalada y el balazo hacen víctimas.»

La acción policial lenta y escasa debía mantener a «…raya a los lunfardos… al compadrito, al mocito de barrio…enamorado… y valentón, siempre dispuesto a la farra y a la pendencia.»[10] Mientras, el criollo irreverente y alborotador se burlaba del gringo trabajador y ambicioso que atesoraba moneda tras moneda, limitando su alojamiento, alimentación y vestimenta en pos de un futuro mejor.

---

8 *El Ferro-Carril*, Montevideo, 1876/1º de febrero.

9 La Tribuna Popular, Montevideo, 1891/ 31 de enero

10 C. Santiagosa, El Río de la Plata. Buenos Aires, pp. 187-188.

El creciente aumento de la población extranjera desbordaba las posibilidades de trabajos menores y changas, hacía que estos se dedicarán a vagabundear y mendigar para una pobre comida y un lugar de refugio nocturno en plazas y zaguanes.

Se relacionaba al vago con el mendigo, una actitud deprimente, que degradaba a los individuos, así transitaba una

> «… caterva de pordioseros, cruzar las calles de Montevideo, sitiar los zaguanes, detener a los transeúntes como hoy se nota con gran sorpresa y escándalo, de cuanto saben que existe un Asilo para mendigos, y cuyas leyes [están] vigentes en la materia… En nuestra, como se halla hoy…»

explicaba el periódico La Tribuna con simpleza «…no debe conocer la mendicidad, porque a Dios gracias no se conoce aun la miseria.[11]

La vagancia junto con la mendicidad fue un problema de difícil solución, muchos hombres, mujeres y niños sueltos por las calles con síntomas de delirio, raquitismo y locura se desplazaban por los distintos barrios de la ciudad. Muchos eran jóvenes y ancianos extranjeros que terminaban como mendigos y vagos muertos en plena calle como se vio en los casos siguientes «…anteanoche a las once fue encontrado sin sentido en medio de la vereda, en la calle Reconquista y Misiones, un mozo como de 18 años. Suponiéndose que estuviese ebrio y aterido por el frío y la humedad, se le trasladó a la Comisaría, donde se le acostó en un catre y se le abrigó bien. Poco después se supo que aquel desgraciado era español; se llamaba José Pérez y estaba domiciliado en Cerrito Nº 15,» pero se constató que había muerto. [12] Otro caso, un anciano francés cuyo cadáver se encontró en Castro y Agraciada, después de averiguaciones se llamaba Alour Llamaren y era mantenido de caridad. [13]

Unida a la mendicidad y vagancia se encontraba el alcoholismo, el juego, la estafa, como la venta de billetes de lotería extranjera y nacional falsificados hasta arribar al robo. El ejemplo lo demostraba, la noche era propicia al hurto, en la Casa de Cambios y Préstamos de Viñas y Ca. ubicada en Piedras y Zabala, este era un robo de guantes blancos, mediante la rotura de unos vidrios, haciendo

> … saltar por un fuerte golpe la cerradura, penetraron y se dirigieron a la gran caja de hierro, debido al ruido los vecinos alertaron a la Policía…no bien llegó a la esquina, vio salir del cambio a un sujeto, y al intentar dar la voz de alto le descerrajó un tiro, casi a boca de jarro, el que le causó una herida en el costado izquierdo…

acudió la Ronda que fue baleado en la pierna, pero otro grupo policial le dio caza, en el Cambio una hoja de la caja tenía la cerradura rota

> …pues por el ojo de la llave se había echado dinamita, lo que lo hizo explotar. Sobre caja también se había hecho con un pequeño taladro un agujero pequeño por el que seguramente

11 *La Tribuna*, Montevideo, 1866, diciembre/25

12 *El Bien*, Montevideo, 1889, junio/19

13 *El Ferro-Carril*, Montevideo, 1890, abril/12.

> se trataba de volver a echar explosivo, para hacer saltar la otra hoja que había resistido a la explosión primera. Los dos delincuentes detenidos se hallaban correctamente vestidos, todos de traje negro de levita y sombrero alto. En su poder se encontraron dos revólveres bull dogs de 16 milímetro, un cortafierro, tres limas, un pequeño frasquito conteniendo cloroformo y otros objetos y útiles del oficio.

Eran de nacionalidad norteamericana y se llamaban Albert Conat y Francisco Bell. «En la caja de hierro habían de 80 a 89 mil pesos en efectivo y en valores.»[14] Los apresados negaron los actos cometidos y no sabían a quien pertenecían las herramientas, si habían admitido entrar era porque se les amenazó con dejarlos sin comer.

Entre los llegados del exterior no sólo eran ladrones los inmigrante que muchas veces robaban para comer y beber alcohol, de igual manera había extranjeros que planificaban cuidadosamente los delitos y buscaban ejecutarlos con precisión.

La expansión de la ciudad y el crecimiento de tan heterogénea población provocó un vasto número de problemas, se destacó la violencia hacia el prójimo, esta situación creó una atención especial de los gobiernos: se confeccionaron estadísticas, se escribieron artículos médicos y legales influidos por la ideología positivista profesada por los integrantes del poder político, los juristas y los médicos higienistas observaron y estigmatizaron a delincuentes y criminales, considerándolos propensos a delinquir por las deformaciones heredadas de sus antecesores.

En el análisis de un mundo tan violento, se explicaba en dos situaciones: una era la criminalidad que atacaba a la sociedad y cualquier ser humano era víctima de situaciones agresivas del momento, la segunda creer que la violencia estaba exclusivamente en el crimen, unida a la personalidad del delincuente. «A la embriaguez, el juego y la mayor predisposición estival, variables clásicas para explicar la violencia, el delito y el crimen se sumaran, ahora razones psicológicas, ambientales, legales y raciales.»[15]

Otra de las formas de violencia era la venganza, se atacaba de sorpresa,

> … anulando su capacidad de reacción y disminuyendo, por ende, el propio peligro de muerte y venganza que usada en sentido jurídico, los oponía a la pena aplicada por la justicia pública del Estado, de acuerdo con lo estipulado en el Código Penal.[16]

La prensa se apasionaba por los crímenes brutales cuyo origen era la venganza, por ejemplo:

> El individuo Juan Antonio Durá en momento en que salía de su casa habitación en Uruguay 550 se trabó en disputas con los hermanos Francisco y José Embriaco que se encontraban en la esquina mencionada, Durá agredió al primero de estos con un bastón con el que le dio varios golpes. Ante tal agresión Francisco echo mano a un filoso cuchillo y le infirió heridas en el costado izquierdo del cuerpo…una en el pescuezo y otra en la mano, mientras lo hería,

14 *El Bien*, Montevideo,1889, febrero/10 y 12

15 Sandra Gayol, «Elogio, deslegitimación y estética de las violencias», en S. Gayol; G. Kessler (cood), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires, p. 42.

16 Ibidem. pp. 46-47.

> su hermano le sostenía el brazo, el herido murió al instante, era italiano de 35 años de edad y casado, nada decía porque tal agresión, sin duda podía ser por deudas o por asuntos amorosos. [17]

El crimen por venganza era causa común, relacionado con peleas de trabajo, deudas, envidias, como sucedió en el barrio de la Unión el 4 de mayo a las seis de la tarde en la Plaza 20 de Febrero, un guardia sintió gritos y encontró a Pedro Echevarne (alias El Sordito) empuñando un cuchillo que le entregó al guardia además, de un revólver cargado con 2 balas más 2 que guardaba en su bolsillo, éste le infirió cuatro puñaladas a Bernaldo Iturralde. Echevarne al ser conducido a la Comisaría declaró que «…tuvo un fuerte altercado con Iturralde en el galpón de su casa y que prometió a Iturralde vengarse de su mala acción y que, como últimamente se habían producido dos incendios en el galpón de su propiedad sospechó fuera él, su autor. Entonces determinó darle muerte para lo cual compró ayer mismo la referida pistola, hizo afilar bien el cuchillo, para lo cual le fue suficiente para cumplir su resolución prometida de antemano» comentó el cronista «Como se ve tenía buenas entrañas el criminal» que lo esperó una hora, un vecino quiso detenerle arrojando un poncho pero no lo consiguió. Iturralde era francés de 32 años, de profesión carrero, Echebarne, era oriental de 20 años también carrero.[18]

El odio y la venganza fueron muchas veces las causas de situaciones violentas. La premeditación ante el engaño, muy en especial amoroso incitaron a vengar la afrenta, no sólo por sentirse burlado, sino como método de limpiar el honor, Los crímenes pasionales mantuvieron aspectos singulares. En un relato tomado de La Nación (prensa argentina) transcrito por El Ferro Carril, señaló además de la estafa, la culminación de un crimen pasional. Los crímenes eran cada vez más macabros, asesinatos por relaciones amorosas, tétricas acciones alevosas, donde se sustanciaba la maldad del triángulo amoroso integrado por parejas, en los casos a mencionar eran extranjeros pero no faltaban los enfrentamientos entre criollos.

Los protagonistas eran Anain Malommé (29 años) y Pauline Arens de nacionalidad francesa. La pareja hacía «vida marital», Malommé era albañil, Pauline sirvienta en el Hotel de la Paz, de donde fue expulsada por malos hábitos con Eduarde Rénold, francés (41 años) quien era cocinero y muy bien considerado por el dueño como un buen hombre

> …tranquilo y laborioso, a causa de estas relaciones había abandonado un día el servicio para ir a pasear con Pauline al Tigre. La encontró de nuevo en la calle Constitución 431 y Pauline lo atrajo nuevamente y lo invitó a su pieza diciendo que su marido no vendría, cuando Renold se había quitado la ropa apareció Malommé y se enfrentaron, Renold le dijo que creía que Pauline era libre y cuando se iba …[Pauline] le dijo que le entregara el dinero que llevaba consigo o de lo contrario sería muerto en el acto. Al recibir Pauline el precio de su infamia exclamó *ya está* y Anain Malommé dejó libre la puerta cuyo umbral Renold se apresuró a salir, luego volvió y vio a los amantes juntos y no dudó en una celada, al otro día se embriagó, se armó de un revólver y cuando observó, que se dirigían a la Estación de

17 *El Bien*, Montevideo, 1889, marzo/19.

18 *El Bien*, Montevideo, 1890, 5/mayo

Ferrocarril, los baleó, cayó muerto Malommé y Pauline fue herida de tres tiros, llevado prisionero afirmó que se suicidaría.[19]

El otro caso también corresponde a un crimen en Buenos Aires y la conclusión de episodio en Montevideo, con secuelas sociales relacionadas con la infancia. Se desarrolló en la Boca, allí residía un holandés con dos hijas y su esposa. Bland Smith y Bulder trabajaba para mantener la familia, pero su esposa no estaba contenta con ello. El hombre enfermó por exceso de trabajo y Juana, la esposa, entabló relaciones con Edmundo Charles (francés) convirtiéndose en su amante, a los meses la pareja decidió matar a Smith y enterrarlo en una zanja. Se fugaron y refugiaron en Montevideo, el crimen permaneció ignorado hasta que unos perros hambrientos descubrieron el cadáver. No se dio con los asesinos, hasta que Charles fue visto y arrestado en el Paseo Colón, confesó el crimen y resolvió el abandono de la mujer por temor a ser asesinado. No sabía la ubicación de Juana y por desconocer la ciudad, tampoco conocía el barrio en que la dejó, luego se descubrió que a fines de 1890 se hospedó en la fonda Dei Buone Amici (Paso Molino). El 25 de febrero de 1890 fue aprendida con sus hijas por carecer de domicilio. Dejó de llamarse Juana Smith y se le negó hospedaje en el Hotel de Inmigrantes, de la Comisaría pasó a la Jefatura y posteriormente al Hospital de Caridad donde falleció el 4 de marzo de 1890. Al morir la madre las hijas pasaron a custodia del Cónsul de los Países Bajos, depositadas en el Asilo de Huérfanos. La hija mayor afirmó conocer el domicilio de su abuela en Amsterdan que las solicitó y fueron embarcadas, «…la fosa en que está enterrada la criminal en el Cementerio del Buceo tiene el Nº 11816.»[20]

Los actos de violencia se relataban al igual que folletines, aparecían en numerosos ejemplares de la prensa, con lujo de detalles aun más si eran extranjeros sus personajes. La soledad, la lejanía de la patria, que muchas veces los unía, cuando embriagados entraban en discusiones, como el hecho sucedido en el conventillo de Mercedes entre Queguay e Ybicuy, allí almorzaban Pascual Lotuffo y Francisco Branca, los dos italianos, comenzaron a discutir, Lotuffo tomó un garrote para agredir a su amigo y Bianca sacó un cuchillo que lo hundió en el lado derecho. «Lotuffo comenzó a dar gritos desesperados» luego el herido falleció horas después.[21]

La violencia eran actos diarios en un mundo conflictivo por agudas situaciones económicas se sucedían desde la crisis de 1868 a la explosiva de 1890 con el derrumbe financiero y la repercusión en todos los sectores sociales. Firmas comerciales en quiebra, obreros sin trabajo y toda una población acicateada por un mundo revuelto en deudas y escasez, además la extraña gente extranjera fue considerada aun más como signo de desequilibrio y perturbación para organizar a una sociedad orgánica. El espacio influido por el positivismo se vio distorsionado por una población de costumbres diferentes.

---

19 *El Ferro-Carril*, Montevideo, 1890, 2/enero, tomado de La Nación, Buenos Aires, con el título «Crimen en San Fernando».

20 *La Tribuna Popular*, Montevideo, 1891, febrero/7. Notas de Buenos Aires.

21 *El Ferro-Carril*, Montevideo, 1890, enero/7..

Se tomaron notas policiales de la prensa, de revistas, folletines, comentarios médicos y judiciales, pero la novelística de la época escrutó con duras expresiones xenófobas las reacciones adversas del inmigrante. Julián Martel en su novela «La Bolsa» realizó una visión despiadada de los extranjeros que actuaban en la Bolsa de Comercio. La obra de Juan Antonio Argerich «¿Inocentes o culpable?» Expresó

> …al salir del Hotel de Inmigrantes [el hombre] se juntó con una manada de compañeros que seguían la vía pública por mitad de la calle…se arreglaron en un conventillo, manteniéndose a pan y agua. A los pocos días se le proporcionó una colocación en el campo como peón para zanjear; no aceptó por lo que había oído de los indios [apremiado por el hambre]… salió un día del conventillo con un cajón de lustrador de botas, y fue a situarse en una plaza pública.[22]

Eugenio Cambaceres en la novela *En la sangre*» mostró los signos de la codicia del napolitano que apenas alimentaba a su familia por atesorar el dinero en su libreta de banco. Todo lo malo lo heredó el hijo, quien ambicionó superar las diferencias y ascender a toda costa a la clase alta, era la herencia que hervía en su sangre.

Sus acciones y pensamientos se encontraban en las teorías «biologicistas y psicológicas» de la época, destacándose las influencias de la antropología criminal de Cesare Lombroso y Enrico Ferri al señalar que la «raza latina» de españoles e italianos eran blanco de acusaciones porque «…junto al carácter emprendedor de los italianos viene el residuo de criminalidad en la sangre.»[23]

Otros trabajos literarios como el de Lucio V. López: *La gran aldea. Costumbres bonaerenses*, el de Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* o Miguel Cané con *Juvenilia*, evocaban con nostalgia el pasado, donde todos se conocían en la ciudad, idealizaban la vida del campo a partir de sus disfrutes en la estancia, cuando los grupos populares estaban al servicio de la clase alta: criollos fieles, negros emancipados que continuaban sirviendo «bien y fielmente». Entonces los peones y sirvientes trabajaban desinteresadamente, al contrario del extranjero que exigía cobrar por las tareas realizadas.

Los inmigrantes, fue considerado por Ramos Mejía como un animal, un palurdo, la evolución de un «embrión primitivo» sin más riqueza que sus brazos, señaló él como médico el desprecio sentido por los científicos e intelectuales: médicos, juristas y novelistas.[24]

Las transformaciones que sufrieron los países del Plata durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, los llevó a plantearse la idea de raza. Se buscó lo auténtico en el pasado como símbolo de una raza para crear al sentimiento nacional. Lo despreciado como bárbaro por Sarmiento en su «Facundo» era ahora lo heroico para consolidar la Nación. Los estudios de la médicos higienistas articularon lo biológico con lo político, sintieron la mala influencia del borde

---

22 Juan Antoni Argerich. *¿Inocentes o culpables?* Buenos Aires, 1884. p. 12.

23 Eugenia Scarzanella, Ni gringos ni indios. Buenos Aires, 2003, p. 74.

24

urbano como un «mal social.» La marginalidad de la población se vio con temor, en los arrabales se radicaron matones, compadres y vividores junto a inmigrantes, que no lograron alcanzar el bienestar del Estado moderno liberal, por lo que la delincuencia fue un síntoma de intranquilidad de los pensadores positivistas y utilitaristas, que actuaron bajo la influencia del pensamiento de Augusto Comte en el alcance de una nación estable, unida al orden y al dinamismo del progreso conjuntamente a la filosofía sperceriana y al pensamiento de Charles Darwin y justificó los nuevos mecanismo socioeconómicos de la modernidad. El hecho clave fue el desborde de la inmigración que transformó el espectro social y preocupó a los investigadores policiales, científicos y juristas, destacándose los escritos de José Ingenieros y Roberto Gache.

Las reacciones xenófobas que provocaron en los criollos los inmigrantes, fueron los destinos no contemplados

> …no había tierras para ellos, en un país casi desierto, porque las tierras estaban acaparadas por los criadores de ganado —el negocio nacional— y pedía más vacas que brazos. Muy pocos lograron ubicación en las colonias agrícola…Los inmigrantes venían en su mayor parte, a acrecentar el proletariado urbano y rural y a suministrar servicio doméstico barato, empleándose en las tareas que se le diesen, de las cuales algunos lograrían emerger a fuerza de sacrificios y ahorro.[25]

25